

# CUENTO

## EL ERROR

Lucero Palafox

Colegio de Ciencias y Letras

Después de caminar varias noches con sus días, llegué a ese sitio inolvidable, extraño. Su cielo vasto y rojizo me hizo sentir la alegría de lo bueno y de lo bello de la naturaleza, y no sé por qué me sentí feliz, extraño. Observé los frondosos árboles frutales, las flores, el sol, y sentí dentro de mí una necesaria y olvidada paz. Todo me parecía hermoso.

Continué caminando por este sitio y me encontré de repente con un ser horrible, despreciable. Tuve miedo. No podía comprender cómo era posible que en ese lugar tan bello me encontrase con un ser tan horrendo.

Estaba aterrado. La presencia de ese ser me provocaba pavor y repugnancia. Su piel era tan áspera como la de un cerdo, pero ésta de color negro. Tenía la cabeza como luna cortada, los ojos negros y hundidos, la nariz prominente, y de su boca escapaba una lengua que era como una lombriz de color amarillo vivo. Quizá por mi mismo miedo o por una raíz de su costumbre, no lo sé, el monstruo me persiguió. Corrí. A mi encuentro salieron otros tres monstruos más. Mi miedo crecía. El sudor corría por mi cuerpo. No tenía alternativa. Estaba atrapado en aquel infierno de belleza, en el más hermoso lugar que hube antes conocido.

Por la noche sólo pude observar la luna y las lenguas largas de color amarillo que venían hacia mí. No pude más y grité, grité para pedir ayuda sabiendo que no habría tal.

No imaginaba siquiera lo que pasaría, pero cada vez sentía y observaba cómo aquellas lenguas se acercaban más. Al tocarme me quemaban y mi desesperación era cada vez más grande. Sobre mí se abatió una paralización total y sentía cómo poco a poco se estiraba mi lengua. Comprendí que me estaba transformando. Me sentí asqueroso, cobarde, pero en aquellos momentos de suprema tensión, prefería morir a que mi lengua fuera igual a la de una de esos seres, que eran para mí los más horribles y repugnantes que hube hasta ese momento conocido.

Me asqueaba de mi aspecto; parecía por momentos volverme loco. Corría de un sitio a otro y observaba la belleza del lugar, y era aún más difícil para mí comprender la fealdad de mi asquerosa lengua y lloré. Eran lágrimas de desesperación y dolor.

Me di cuenta de que no podía hablar y vi la lengua, y en un arranque de histeria la arranqué, la arrojé lejos, y allá, allá fui. La pisé y sentí el dolor como si aún estuviera dentro de la boca.

Poco tiempo después llegaron unas personas, gentes que eran tan bellas y perfectas como aquel lugar, y me alegré tanto de volver a verlos que corrí hacia ellos y al querer hablarles, recordé que mi lengua la había machacado yo mismo y volví a llorar: para aquellos hombres yo no era sino un monstruo más.

Lo peor sucedió cuando me di cuenta de que venían a acabar con nosotros, los monstruos. Mi desesperación llegó al máximo, y me moví, salté, grité como loco, y por parecer el monstruo más rebelde y peligroso del lugar, fui al primero a quien los hombres dispararon sin piedad.

